

Meditación para el Domingo 12 de Septiembre de 2010

(Ex 32, 7-11.13-14; Sal 50; 1 Tm 1, 12-17; Lc 15, 1-32)



Ante la lectura de la Carta a Timoteo, del Apóstol San Pablo, a dos días del aniversario de mi ordenación, y de la solemnidad de la Exaltación de la Cruz: “Doy gracias a Cristo Jesús, nuestro Señor, que me hizo capaz, se fió de mí y me confió este ministerio”.

Al ver la reacción de Moisés, cuando Dios, cansado del comportamiento de su pueblo, le dice que va a suprimirlo y hacer un pueblo nuevo, y él intercede para que el Señor perdone y se acuerde de la Alianza que hizo con Abraham.

Ante los ejemplos que narra el Evangelio, las parábolas de la misericordia, de la “oveja perdida”, de la “dracma perdida”; y del “hijo pródigo”, textos emblemáticos en el anuncio del Reino de Dios.

Próximos a celebrar la fiesta de Nuestra Señora de los Dolores, misterio de solidaridad entrañable de la que se nos ha regalado como Madre.

Se intensifica en mí la llamada a la misericordia, a la vez que la necesidad del perdón, desde la propia conciencia menesterosa, como testimonia el Apóstol: “El Señor derrochó su gracia en mí, dándome la fe y el amor en Cristo Jesús. Vino al mundo para salvar a los pecadores, y yo soy el primero”.

A los sacerdotes se nos ha configurado con Cristo y hemos sido constituidos mediación necesaria para la Eucaristía y para el perdón de los pecados. Somos presencia de la misericordia de Dios por el anuncio del Evangelio y por la actitud de prolongar, como Moisés, la oración en favor de la humanidad.

Hace poco, durante los días de Ejercicios Espirituales, que realizaba con otros sacerdotes, se nos decía de manera muy viva: “Somos presencia de Cristo”. “Hacemos injusticia cuando no damos a Dios”. “Privamos de esperanza a los fieles cuando no les hablamos del Evangelio y de la vida futura”.

Hoy, la Liturgia de la Palabra no permite silenciar la ternura de Dios. Gracias a la oración de Moisés, “El Señor se arrepintió de la amenaza que había pronunciado contra su pueblo”. A Jesús se le acusa “de acoger a los pecadores y de comer con ellos”. San Pablo testifica: “Podéis fiaros y aceptar sin reservas lo que os digo: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores”.

Ante tanta contundencia no hay mejor respuesta que la del hijo menor de la parábola: “Me pondré en camino adonde está mi padre”. “Habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta...”.

Al tiempo de dar gracias al Señor por el bien que me ha hecho; de renovar mi ofrecimiento mediador para que se celebre y acoja la misericordia de Dios y de intensificar el ministerio de la oración por todos, os solicito vuestra intercesión ante Jesús por todos los sacerdotes.

“Al Rey de los siglos, inmortal, invisible, único Dios, honor y gloria por los siglos de los siglos. Amen”.

Angel Moreno

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org/articulo/meditacion-para-el-domingo-12-de-septiembre-de-2010